

minaba arrastrándose, y durante todo aquel día el quejido de tres voces, que parecían una sola, llenó la aldea, y en la puerta del pajar hubo siempre alguna mujeruca que asomaba curiosa. Murieron en la misma noche los tres mozos, y en unas andas, cubiertos con sábanas de lino, los llevaron á enterrar en el verde y oloroso cementerio de San Clemente de Brandeso.

* * * * *

EL REY DE LA MASCARA



El cura de San Rosendo de Gundar, un viejo magro y astuto, de perfil monástico y ojos enfoscados y parduzcos como de almaña montés, regresaba á su rectoral á la caída de la tarde, después del rosario. Apenas interrumpían la soledad del campo, aterido por la invernada, algunos álamos desnudos. El camino, cubierto de hojas secas, flotaba en el rosado vapor de la puesta solar. Allá en la revuelta, alzabase un retablo de ánimas, y la alcancía destinada á la limosna, mostraba, descerrajada y rota, el vacío fondo. Estaba la rectoral aislada en medio del campo, no muy distante de unos molinos, era negra, decrepita y arru-

gada, como esas viejas mendigas que piden limosna, arrostrando soles y lluvias, apostadas en las orillas de los caminos reales. Como la noche se venía encima, con negros barruntos de ventisca y agua, el cura caminaba de prisa, mostrando galguesca ligereza. Era uno de aquellos cabecillas tonsurados que, después de robar la plata de sus iglesias y santuarios para acudir en socorro de la facción, dijeron misas gratuitas por el alma de Zumalacárregui. A pesar de sus años conservábase erguido: llevaba ambas manos metidas en los bolsillos de un montecristo azul, sombrero de alas é inmenso paraguas rojo bajo el brazo. Halagando el cuello de un desdentado perdiguero, que hacía centinela en la solana, entró el párroco en la cocina á tiempo que una moza aldeana, de ademán brioso y rozagante, ponía la mesa para la cena:

—¿Qué se trajina Sabel?

—Vea, señor tío...

Y Sabel, sonriente, un poco sofocada por el fuego, con el floreado pañuelo anudado en la nuca para contener la copiosa madeja castaña, con la camisa de estopa arremangada mostrando hasta más arriba del codo los brazos blancos, blanquísimos, rubia como una espiga, mohina como un recental, frondosa como una rama verde y florida, mostraba sobre la boca del pote, la fuente de rubias filloas, el plato clásico y tradicional con que en Galicia se festeja el antruejo.—Católas el cura con golosina de viejo regalón y después, sentándose en un banquillo al calor de la lumbre, sacó de la faltriquera un estrenzado de negrísimo tabaco que picó con la uña, restregando el polvo entre las palmas, procediendo siempre con mucha parsimonia. Hallábase todavía en esta tarea, cuando los tenaces ladridos del perro, que corría desalentado de un lado á otro, parándose á arañar con las manos en la puerta, le obligaron á levan-

tarse para averiguar la causa de semejante alboroto:

—¡Condenado animal!

Sabel murmuró un poco inmutada:

—¿Estará rabioso?

—¡Rabioso, buena gana! Si estuviese rabioso no ladraba así.

A esta sazón rompió á tocar en la calle tan estentórea y desapacible murga, que parecía escapada del infierno: repique de conchas y panderos, lúgubres mugidos de bocina, sones estridentes de guitarras destemplados, de triángulos, de calderos. Abrió Sabel la ventana escudriñando en la obscuridad:

—¡Pues si es una mascarada!

Apenas divisaron á la moza los murguistas empezaron á aullar dando saltos y haciendo piruetas, penetrando en la casa con el vocerío y llaneza de quien lleva la cara tapada. Eran hasta seis hombres, tiznados como diablos, disfrazados con prendas de

mujer, de soldado y de mendigo: antiparras negras, larguísimas barbas de estopa, sombrerones viejos, manteos remendados, todos guiñapos, sórdidos, húmedos, asquerosos, que les hacían de repugnante agüero. En unas angarillas traían un espantajo, vestido de rey ó emperador, con corona de papel y centro de caña: por rostro pusiéranle groserísima careta de cartón, y el resto del disfraz lo completaba una sábana blanca.

Instóles el cura con tosca cortesía á que se descubriesen y bebieran un trago, mas ellos lo rehusaron farfullando cumplimientos, acompañados de visajes, genuflexiones y cabeceos grotestos. Habían posado las angarillas en tierra y asordaban la cocina, embullando muy zafiamente al eclesiástico y á la moza, que no por eso dejaban de celebrarlo con risa franca y placentera: solamente el perro, guarecido bajo el hogar, enseñaba los dientes y se desataba en la-

dridos. El párroco insistía en que habían de probar el vino de su cosecha, y acabó por incomodarse: mejor no se hacía en diez leguas á la redonda: era puro como lo daba Dios, sin porquerías de aguardientes, ni de azúcares, ni de campeche... Encendió un farolillo, descolgó una llave mohosa de entre otras muchas que colgaban de la ennegrecida viga, y descendió la escalerilla que conducía á la bodega. Desde abajo se le oyó gritar:

—¡Sabell! Trae el jarro grande.

—¡Voy, señor tío!

Sabel apartó del fuego la sartén, descolgó el jarro, y desapareció por la oscura boca, que la tragó como un monstruo. Entonces, uno de los enmascarados se acercó á la ventana y la abrió lentamente, procurando no hacer ruido. Una ráfaga de viento apagó el candil, dejando la habitación á oscuras. Sólo se distinguía el fulgor rojo, sangriento de la brasa, y la diabólica

fosforescencia de las pupilas del gato, que balanceaba dulcemente la cola adormilado sobre la caldeada piedra del hogar. De repente reinó profundo silencio. Una voz murmuró muy bajo:

—¡No pasa un alma!

—Pues andando...

Buscaron á tientas la puerta, y desaparecieron como sombras. En la escalerilla de la bodega resonaban ya las pisadas de los huéspedes. Sabel venía delante y se detuvo, sin atreverse á andar en la oscuridad. Por la ventana que los otros habían dejado abierta alcanzaba á ver el cielo anubarrado, y el camino blanco por la nieve, sobre el cual caía trémulo y melancólico el lunar:

—¡Se han ido!

Y Sabel tuvo miedo sin saber por qué. El cura que venía detrás con el farolillo, repuso jovial:

—¡Qué granujas! Ya volverán.

¿Cómo no habían de volver? Allí en medio de la cocina estaba el rey, grotesco, en su inmóvil gravedad, con su corona de papel, su cetro de caña, el blanco manto de estopa, la bufonesca faz de cartón... Sabel, ya repuesta, adelantó algunos pasos y le acercó el jarro á los labios.

—¿Quieres beber, señor rey?

Al separarlo, después de un segundo, la careta se corrió hacia bajo, descubriendo una frente amarilla, unos ojos vidriados, pavorosos, horribles:

—¡María Santísima!

Y la moza horrorizada retrocedió hasta tropezar con la pared. El cura la increpó:

—¡Qué damita eres tú!

—No... no... señor tío... ¡Pero es un difunto!

Y, estrechándose contra el viejo se aproximaba palpitante, con ese miedo de las mujeres aldeanas que las impulsa á mirar, á acercarse, en vez de cerrar los ojos y de

huir. El párroco tiró de la careta con resolución. Luego alzó el farol proyectando la luz sobre el inmóvil y blanco enmascarado. Le contempló atentamente, dilatados los ojos por ávida mirada de estupor, y bajando el farolillo, que temblaba en su mano agitada por bailoteo senil, murmuró en voz demudada y ronca:

—¿Tú le conoces, muchacha?

Ella respondió:

—Es el señor abad de Bradomín.

—Sí... Mañana le aplicaremos la misa por el alma.

Sabel temblaba con todos sus miembros, y gemía preguntando qué hacían, lamentando su mala estrella, lo que iba á ser de ellos si la justicia se enteraba:

—¡Tío... señor tío! Podemos avisar en el molino.

El cura meditó un momento:

—No; ahí menos que en ninguna parte. Me parece que conocí á los dos hijos del

molinero. Pero podemos enterrarlo en el corral, junto á los naranjos.

—¿Y si lo descubren los perros como al criado del señorito de Sobrán? ¿No se recuerda?

—Pues con él aquí no hemos de estar nos. ¿Hay tojo?

—Alguno hay.

Entonces el párroco fué á la ventana y la cerró, cuidando de poner la tranca, y lo mismo hizo con la puerta.

—Ahora cumple hacer callar ese perro. Al que llame no se le contesta. ¡Así se hunda la casa! ¿Entiendes?

Quitóse el levitón, y empuñando una horquilla bajó á la bodega. A poco volvió con un inmenso haz de tojo y otro de paja: los dejó caer de golpe delante de Sabel, que estaba acurrucada junto á la lumbre, gimiendo, con la cara pegada á las rodillas, y la ordenó que pusiese fuego al horno. La otra se enderezó sumisa, sin dejar de tem-

blar, pálida como un espectro... No tardaron las llamas, con música de chisporroteos y crujidos de leña seca, en cubrir la chata y negra boca del horno: se alargaban llegando hasta el medio de la cocina, como una bocanada de aliento inflamado: sus encendidos reflejos daban á la lívida faz del muerto apariencia de vida. El cura le desató de las angarillas, y haciendo á Sabel que se apartase, metióle de cabeza en el horno, pero como estaba rígido, fué preciso esperar á que se carbonizase el tronco para que el resto pudiese entrar. Cuando desaparecieron los pies, empujados por la horquilla con que el párroco atizaba la lumbre, Sabel, casi exánime, se dejó caer en el banco:

—¡Ay! ¡Nuestro Señor, qué cosa tan horrible!

El cura le dijo que si bebía un vaso de vino cobraría ánimo, y para darla ejemplo,

se llevó el jarro á la boca, donde lo tuvo buen espacio. Sabel seguía lloriqueando:

—¡De por fuerza lo mataron para robarlo! Otra cosa no puede ser. ¡Un bendito de Dios que con nadie se metía! ¡Bueno como el pan! ¡Respetuoso como un alcalde mayor! ¡Caritativo como no queda otro ninguno! ¡Virgen Santísima de los Dolores, qué entrañas tan negras!

De pronto se levantó, y con esa previsión que nace de todo recelo, barrió la ceniza y tapó la boca del horno, con las manos trémulas. El cura, sentado en el banco, picaba otro cigarrillo, y murmuraba con sombría calma:

—¡Pobre Bradomín!... ¡Vaya una hornada!

* * * * *

UN EJEMPLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Amaro, era un santo ermitaño que por aquel tiempo vivía en el monte vida penitente. Cierta tarde, hallándose en oración, vió pasar á lo lejos por el camino real á un hombre todo cubierto de polvo. El santo ermitaño, como era viejo tenía la vista cansada y no pudo reconocerle, pero su corazón le advirtió quién era aquel caminante que iba por el mundo envuelto en los oros de la puesta solar, y alzándose de la tierra corrió hacia él implorando:

—¡Maestro, dejad que llegue un triste pecador!

El caminante, aun cuando iba lejos, escuchó aquellas voces y se detuvo esperan-

do. Amaro llegó falto de aliento, y llegando, arrodillóse y le besó la orla del manto, porque su corazón le había dicho que aquel caminante era Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Maestro, dejadme ir en vuestra compañía!

El Señor Jesucristo sonrió:

—Amaro, una vez has venido conmigo y me abandonaste.

El santo ermitaño, sintiéndose culpable, inclinó la frente:

—¡Maestro, perdonadme!

El Señor Jesucristo alzó la diestra tras pasada por el clavo de la cruz:

—Perdonado estás: sígueme.

Y continuó su ruta por el camino que parecía alargarse hasta donde el sol se ponía, y en el mismo instante sintió desfallecer su ánimo aquel santo ermitaño:

—¿Está muy lejos el lugar á dónde camináis, Maestro?

—El lugar á donde camino, tanto está cerca, tanto lejos...

—¡No comprendo, Maestro!

—¿Y cómo decirte que todas las cosas, ó están allí donde nunca se llega ó están en el corazón?

Amaro dió un largo suspiro. Había pasado en oración la noche y temía que le faltasen fuerzas para la jornada, que comenzaba á presentir larga y penosa. El camino á cada instante se hacía más estrecho, y no pudiendo caminar unidos, el santo ermitaño iba en pos del Maestro. Era tiempo de verano, y los pájaros ya recogidos á sus nidos, cantaban entre los ramajes, y los pastores descendían del monte trayendo por delante el hato de las ovejas. Amaro, como era viejo y poco paciente, no tardó en dolerse del polvo, de la fatiga y de la sed. El Señor Jesucristo le oía con aquella sonrisa que parece entreabrir los cielos á los pecadores:

—Amaro, el que viene conmigo debe llevar el peso de mi cruz.

Y el santo ermitaño se disculpaba y dolía:

—Maestro, á veros tan viejo y acabado como yo, habíais de quejaros asina.

El Señor Jesucristo le mostró los divinos pies que, desgarrados por las espinas del camino, sangraban en las sandalias, y siguió adelante. Amaro lanzó un suspiro de fatiga:

—¡Maestro, ya no puedo más!

Y viendo á un zagal que llegaba por medio de una gándara donde crecían amarillas retamas, sentóse á esperarle. El Señor Jesucristo se detuvo también:

—Amaro, un poco de ánimo y llegamos á la aldea.

—¡Maestro, dejadme aquí! Ved que he cumplido cien años y que no puedo caminar. Aquel zagal que por allí viene tendrá cerca la majada, y le pediré que me deje

pasar en ella la noche. Yo nada tengo que hacer en la aldea.

El Señor Jesucristo le miró muy severamente:

—Amaro, en la aldea una mujer endemoniada espera su curación hace años.

Calló, y en el silencio del anochecer sintieron unos alaridos que ponían espanto. Amaro, sobrecogido, se levantó de la piedra donde descansaba, y siguió andando tras el Señor Jesucristo. Antes de llegar á la aldea salió la luna plateando la cima de unos cipreses donde cantaba escondido aquel ruiseñor celestial que otro santo ermitaño oyó trescientos años embelesado. A lo lejos temblaba apenas el cristal de un río, que parecía llevar dormidas en su fondo las estrellas del cielo. Amaro suspiró:

—Maestro, dadme licencia para descansar en este paraje.

Y otra vez contestó muy severamente el Señor Jesucristo:

—Cuenta los días que lleva sin descanso la mujer que grita en la aldea.

Con estas palabras cesó el canto del ruiseñor y en una ráfaga de aire que se alzó de repente pasó el grito de la endemoniada y el ladrido de los perros vigilantes en las eras. Había cerrado la noche y los murciélagos volaban sobre el camino, unas veces en el claro de la luna y otras en la obscuridad de los ramajes. Algún tiempo caminaron en silencio. Estaban llegando á la aldea cuando las campanas comenzaron á tocar por sí solas, y era aquel el anuncio de que llegaba el Señor Jesucristo. Las nubes que cubrían la luna se desvanecieron y los rayos de plata al penetrar por entre los ramajes iluminaron el camino, y los pájaros que dormían en los nidos despertáronse con un cántico, y en el polvo, bajo las divinas sandalias, florecieron las rosas y los lirios y todo el aire se llenó con su aroma. Andados muy pocos pasos, recostada á la vera

del camino, hallaron á la mujer que estaba poseída del demonio. El Señor Jesucristo se detuvo y la luz de sus ojos cayó como la gracia de un milagro sobre aquella que se retorció en el polvo y escupía hacia el camino. Tendiéndole las manos traspasadas, le dijo:

—Mujer, levántate y vuelve á tu casa.

La mujer se levantó, y ululando, con los dedos enredados en los cabellos, corrió hacia la aldea. Viéndola desaparecer á lo largo del camino, se lamentaba el santo ermitaño:

—¡Maestro, por qué no haberle devuelto aquí mismo la salud? ¿A qué ir más lejos?

—¡Amaro, que el milagro edifique también á los hombres sin fe que en este paraje la dejaron abandonada! Sígueme.

—¡Maestro, tened duelo de mí! ¿Por qué

BIBLIOTECA 7.ª DIVISIÓN
"ALFONSO REYES"
Apto. 1925 MONTREY, MEXICO

no hacéis con otro milagro que mis viejas piernas dejen de sentir el cansancio?

Un momento quedó triste y pensativo el Maestro. Después murmuró:

—¡Sea!... Ve y cúrala, pues has cobrado las fuerzas.

Y el santo ermitaño, que caminaba encorvado desde luengos años, enderezóse gozoso, libre de toda fatiga:

—¡Gracias, Maestro!

Y tomándole un extremo del manto, se lo besó. Y como al inclinarse viese los divinos pies, que ensangrentaban el polvo donde pisaban, murmuró avergonzado y enternecido:

—¡Maestro, dejad que restañe vuestras heridas!

El Señor Jesucristo le sonrió:

—No puedo, Amaro... Debo enseñar á los hombres que el dolor es mi ley.

Luego de estas palabras se arrodilló á un lado del camino, y quedó en oración mien-

tras se alejaba el santo ermitaño. La endemoniada, enredados los dedos en los cabellos, corría ante él: Era una vieja vestida de harapos, con los senos velludos y colgantes: en la orilla del río, que parecía de plata bajo el claro de la luna, se detuvo acezando: dejóse caer sobre la hierba, y comenzó á retorcerse y á plañir. El santo ermitaño no tardó en verse á su lado, y como sentía los bríos generosos de un manco, intentó sujetarla. Pero apenas sus manos tocaron aquella carne de pecado, le acudió una gran turbación. Miró á la endemoniada y la vió bajo la luz de la luna, bella como una princesa y vestida de sedas orientales, que las manos perversas desgarraban por descubrir las blancas flores de los senos. Amaro tuvo miedo: volvía á sentir con el fuego juvenil de la sangre las tentaciones de la lujuria, y lloró recordando la paz del sendero, la santa fatiga de los que caminan por el mundo con el Señor Jesucris-

to. Alzó los ojos al cielo, y solamente descubrió, abiertas sobre su cabeza, las alas del murciélago Satanás. El alma entonces lloró acongojada, sintiendo que la carne se encendía. La mujer habíase desgarrado por completo la túnica y se le mostraba desnuda. Amaro, próximo á desfallecer, miró angustiado en torno suyo y sólo vió en la vastedad de la llanura desierta el rescoldo de una hoguera abandonada por los pastores. Entonces recordó las palabras del Maestro:

—¡El dolor es mi ley!

Y arrastrándose llegó hasta la hoguera, y fortalecido escondió una mano en la brasa, mientras con la otra hacía la señal de la cruz á la mujer endemoniada. La mujer huyó. Albeaba el día. El santo ermitaño alzó la mano de la brasa, y en la palma llagada vió nacerle una rosa, y á su lado vió al Señor Jesucristo.

DEL MISTERIO

¡Hay también un demonio familiar!

Cuando yo era niño, iba todas las noches á la tertulia de mi abuela una vieja que sabía estas cosas medrosas y terribles del misterio. Era una señora linajuda y devota que habitaba un caserón en la Rúa de los Plateros. Recuerdo que se pasaba las horas haciendo calceta tras los cristales de su balcón, con el gato en la falda. Doña Soledad Amarante era alta, consumida, con el cabello siempre fosco, manchado por grandes mechones blancos, y las mejillas descarnadas, esas mejillas de dolorida expresión que parecen vivir huérfanas de besos y de caricias. Aquella señora me infundía

un vago terror, porque contaba que en el silencio de las altas horas oía el vuelo de las almas que se van, y que evocaba en el fondo de los espejos los rostros lívidos que miran con ojos agónicos. No, no olvidaré nunca la impresión que me causaba verla llegar al comienzo de la noche y sentarse en el sofá del estrado al par de mi abuela. Doña Soledad extendía un momento sobre el brasero las manos sarmentosas, luego sacaba la calceta de una bolsa de terciopelo carmesí y comenzaba la tarea. De tiempo en tiempo solía lamentarse:

—¡Ay, Jesús!

Una noche llegó. Yo estaba medio dormido en el regazo de mi madre, y, sin embargo, sentí el peso magnético de sus ojos que me miraban. Mi madre también debió advertir el maleficio de aquellas pupilas que tenían el venenoso color de las turquesas, porque sus brazos me estrecharon más. Doña Soledad tomó asiento en el sofá, y en voz

baja hablaron ella y mi abuela. Yo sentía la respiración anhelosa de mi madre, que las observaba queriendo adivinar sus palabras. Un reloj dió las siete. Mi abuela se pasó el pañuelo por los ojos, y con la voz un poco insegura le dijo á mi madre:

—¿Por qué no acuestas á ese niño?

Mi madre se levantó conmigo en brazos, y me llevó al estrado para que besase á las dos señoras. Yo jamás sentí tan vivo el terror de doña Soledad. Me pasó su mano de momia por la cara y me dijo:

—¡Cómo te le pareces!

Y mi abuela murmuró al besarme:

—¡Reza por él, hijo mío!

Hablaban de mi padre, que estaba preso por liberal en la cárcel de Santiago. Yo, conmovido, escondí la cabeza en el hombro de mi madre, que me estrechó con angustia:

—¡Pobres de nosotros, hijo!

Después me sofocó con sus besos, mien-

tras sus ojos, aquellos ojos tan bellos, se abrían sobre mí enloquecidos, trágicos:

—¡Hijo de mi alma, otra nueva desgracia nos amenaza!

Doña Soledad dejó un momento la calceta y murmuró con la voz lejana de una sibila:

—A tu marido no le ocurre ninguna desgracia.

Y mi abuela suspiró:

—Acuesta al niño.

Yo lloré aferrando los brazos al cuello de mi madre:

—¡No quiero que me acuesten! Tengo miedo de quedarme solo. ¡No quiero que me acuesten!...

Mi madre me acarició con una mano nerviosa, que casi me hacía daño, y luego volviéndose á las dos señoras, suplicó sollozante:

—¡No me atormenten! Díganme qué le

sucede á mi marido. Tengo valor para saberlo todo.

Doña Soledad alzó sobre nosotros la mirada, aquella mirada que tenían el color malféfico de las turquesas, y habló con la voz llena de misterio, mientras sus dedos de momia movían las agujas de la calceta:

—¡Ay, Jesús!... A tu marido nada le sucede. Tiene un demonio que le defiende. Pero ha derramado sangre...

Mi madre repitió en voz baja y monótona, como si el alma estuviese ausente:

—¿Ha derramado sangre?

—Esta noche huyó de la cárcel matando al carcelero. Lo he visto en mi sueño.

Mi madre reprimió un grito y tuvo que sentarse para no caer. Estaba pálida, pero en sus ojos había el fuego de una esperanza trágica. Con las manos juntas interrogó:

—¿Se ha salvado?

—No sé.

—¿Y no puede usted saberlo?

—Puedo intentarlo.

Hubo un largo silencio. Yo temblaba en el regazo de mi madre, con los ojos asustados puestos en doña Soledad. La sala estaba casi á oscuras: en la calle cantaba el violín de un ciego, y el esquilón de las monjas volteaba anunciando la novena. Doña Soledad se levantó del sofá y andando sin ruido la vimos alejarse hacia el fondo de la sala, donde su sombra casi se desvaneció. Advertíase apenas la figura negra y la blancura de las manos inmóviles, en alto. Al poco comenzó á gemir débilmente, como si soñase. Yo, lleno de terror, lloraba quedo, y mi madre oprimiéndome la boca, me decía ronca y trastornada:

—Calla, que vamos á saber de tu padre.

Yo me limpiaba las lágrimas para seguir viendo en la sombra la figura de doña Soledad. Mi madre interrogó con la voz resuelta y sombría:

—¿Puede verle?

—Sí... Corre por un camino lleno de riesgos, ahora solitario. Va solo por él... Nadie le sigue. Se ha detenido en la orilla de un río y teme pasarlo. Es un río como un mar...

—¡Virgen mía, que no lo pase!

—En la otra orilla hay un bando de palomas blancas.

—¿Está en salvo?

—Sí... Tiene un demonio que le protege. La sombra del muerto no puede nada contra él. La sangre que derramó su mano, yo la veo caer gota á gota sobre una cabeza inocente...

Una puerta batió lejos. Todos sentimos que alguien entraba en la sala. Mis cabellos se erizaron. Un aliento frío me rozó la frente, y los brazos invisibles de un fantasma quisieron arrebatarme del regazo de mi madre. Me incorporé asustado, sin po-

der gritar, y en el fondo nebuloso de un espejo vi los ojos de la muerte, y surgir poco á poco la mate lividez del rostro, y la figura con sudario y un puñal en la garganta sangrienta. Mi madre, asustada viéndome temblar, me estrechaba contra su pecho. Yo le mostré el espejo, pero ella no vió nada: el espejo se rompió con largo gemido de alma en pena. Doña Soledad dejó caer los brazos hasta entonces inmóviles en alto, y desde el otro extremo de la sala, saliendo de las tinieblas como de un sueño, vino hacia nosotros. Su voz de sibila parecía venir también de muy lejos:

—¡Ay, Jesús! Sólo los ojos del niño le han visto. La sangre cae gota á gota sobre la cabeza inocente. Vaga en torno suyo la sombra vengativa del muerto. Toda la vida iré tras él. Nunca perdonaré. Hallábase en pecado cuando dejó el mundo, y es una sombra infernal. No puede perdonar.

Un día desclavaré el puñal que lleva en la garganta para ahogar su voz...

Habla lentamente, mientras sus dedos de momia mueven veloces las agujas de la calceta, habla y acompaña sus palabras el vuelo misterioso de las almas en pena que vuelven al mundo para cumplir penitencias. De tiempo en tiempo se interrumpe y plane en un tono más triste:

—¡Ay, Jesús!

Mis ojos de niño conservaron mucho tiempo el espanto de lo que entonces vieron, y mis oídos han vuelto á sentir muchas veces las pisadas del fantasma que camina á mi lado implacable y funesto, sin dejar que mi alma, toda llena de angustia, toda rendida al peso de torvas pasiones y anhelos purísimos, se asome fuera de la torre, donde sueña cautiva hace treinta años.